

de la cerradura; bajaron en tropel la calera de caracol, carcomida por los años y sucia por la intemperie; Cordero juró no volver á dejarse ensoberbecer por plebe callejera, así le gritaran mil veces la endiablada cantaleta; y Chencho y Chicho, antes de separarse, entraron á la iglesia para ver qué color tenía la calla del oficiante, á fin de darle en sus narices como prueba plena de que había concurrido á misa, con lo que se salvaba de una felpa segura á trueque de haber infringido el octavo mandamiento.



VIII



EN la escuela Municipal se hilaba de otra manera, aunque no menos delgado; la Aritmética y la Gramática se ponían por delante de toda enseñanza, sin relegar al olvido la Geografía y la Historia Patria.

El que conjugaba el verbo amar en todos sus tiempos, modos, números y personas, y sumaba un encerado atestado de números mayores que los de una tabla de logaritmos, ya iba para Salomón y ocupaba de rigor el primer lugar en todas las clases, con mucha envidia de los otros alumnos que sabían al dedillo donde quedaba la China y á ojos cerrados señalaban en el Mapamundi, con una varita que tenía en la punta una diminuta cuenta, todo el curso del Nilo, á igual de una hor-

U. A. N. L.

miga que fuese caminando por el discurrir del río como sobre un hilillo de miel ó un reguero de polvo de azúcar.

El maestro no leía el «Año Cristiano» como Don Prudencio; pero tenía en cambio la ventaja de leer á rabiarse los periódicos que le prestaba el Secretario del Ayuntamiento; periódicos incendiarios, en los que el artículo de fondo era un baluarte con oriflama desplegada y cañones en perpetuo bombardeo, y cada párrafo de gacetilla un toque de tambor á cala cuerda, y no de bombo y platillos, en esa barricada de guerrillas de lucha de epítetos bombásticos y declamaciones demagógicas; andaban por entonces tirándose los trastos á la cabeza ultramontanos intransigentes y liberales obsecados, y eran de leerse las crudezas que se decían de parte y parte en papeles públicos, donde no faltaban los Robespieres ampulosos y los Dantones palabreros; la lectura de estos periódicos de cuestiones candentes exaltaban la imaginación del

maestro de escuela y le sacaban de juicio, al extremo de cosquillarle el deseo de echar su plumada sobre esas cosas de partido; pero nunca podía pasar del título, y á ratos lo dejaba; sin embargo, soñaba que de un momento á otro acudiría la inspiración al reclamo de su deseo y escribiría un artículo, tan nutrido de razones convincentes y tan pleno de enseñanzas liberales, que abatiría por completo la arrogancia de los ultramontanos, llegando por ese camino á alcanzar palpitante y envidiada notoriedad que confundiría á Don Prudencio y le deslustraría su fama de hombre de principios fijos y de ideales inculcados, llevándole la delantera.

Estos pesamientos, que le revoloteaban en la cabeza, contribuían á no hacer maldito el caso de la escuela y de los educandos, y con ello ganaba terreno Don Prudencio Berruguete; pues los padres de familia, puestos al corriente de lo que pasaba en la escuela de Don Facundo Marmolillo, motejaban la negligencia del

maestro liberalote, le acusaban de hereje y de holgazán, y sobre el iracundo anatemá venía la resolución de apartar á sus hijos de la férula del demagogo y pasarlos á las manos piadosas de Berruguete, quien se las restregaba de gusto, sin dejar el cigarrillo caérsele de la comisura de los labios, ni quitarse el «Año Cristiano» de ante sus ojos atentos.

Se iban días y se pasaban noches, y el artículo no salía de la mollera del testarudo que se aferraba en meterse á escritor público, con credo definido por norma y falta de vocación por demora; así, á quemarropa, cuando Dios no le llamaba por ese camino.

Y fué tal la locura de este dómine por el artículo imbuído en la cabeza, que le espantaba el sueño y le quitaba el apetito; pensó con obstinación tan tenaz en las letras de molde, y se le asentó tan firme el artículo en las entendederas, que las clases las daba—cuando las daba, que solía á menudo pasarlas en blanco—al

galope; dejaba hacer su real gana á los rapaces, que se desvivían por estarse con el libro cerrado para meterse en juegos y retozos de subida y pecaminosa holgazanería; de este abandono resultó que olvidaron en un mes lo que á fuerza de machacar diariamente aprendieron en medio año, con la agravante de que los exámenes se venían encima.

En esta escuela se había matriculado Nicho por consejo de Chencho, que en ella alborotaba el cotarro; ya el hijo de Doña Mónica estaba para zagalón hecho y derecho, aunque no se le echaba de ver si se le miraba el cuerpecillo delgado, ligero y endeble; pero en oyéndole hablar con aquella su voz, atiplada unas veces y grave otras, que sacaba inflexiones en falsete, se caía en la cuenta de que el muchacho no era niño zangolotino.

Anduvo nuestro Nicho largo tiempo fuera de la «amiga» de la tía Dolores, obligado por la pobreza creciente de su madre á pasárselas porteando y voceando

alfajores* de masa y bocadillos* de leche, para lograr recursos que aumentarían los pocos haberes que se arbitraba Doña Mónica con el lavado de ropa y las molien- das en el duro metate; pero el muchacho crecía y su saber no pasaba de conocer el «Todo fiel cristiano,» la cartilla de «San Miguel» y el alabado, con lo cual estaba que ni de molde para lazarillo de ciego; mas no era este el camino que su madre quería que siguiera; y por ver pasar todos los días á Chencho para la escuela, contento como unas pascuas, y oírle encarecer en largas conversaciones con Nicho la vida alegre y descansada de tal escuela, en la que el maestro no usaba de palmeta ni de orejas de burro para enmienda de perezosos y corrección de holgazanes, con todo dolor de su corazón y con peligro de mayores escaseces, mandó Doña Mónica al pequeño á la escuela de Don Facundo.

Comenzó el niño por concurrir al cuarto de los carteles, muy descontento por

verse lejos de Chencho que estaba en la inmediata pieza; allí, delante de los per- cudos y destrozados papeles se pasaba todo el santo día de Dios en compañía de veinte chiquillos que aturdían con aquel monótono gritar de: B—A: BA! B—E: BE! B—I: BI! B—O: BO! B—U: BU! . . .

Los primeros días se sucedieron para el hijo de la lavandera muy lindamente; pues se le iban las horas en chillar con aturdidora cantinela que hacía coro á sus compañeros: ba, be, bi, bo, bu, con lo que cumplía su misión colectiva, escolar y cotidiana; pero como toda vida regalona no es de una pieza, sino que tiene la existencia sus altibajos, vino á resultar que el maestro quitó á Nicho de los carteles, por ser el más grandullón de la clase, y le puso en las manos la «Educación de la Infancia;» allí de los apuros del pobre muchacho que de corrida sabía deletrear pero decorar* ni sílaba. . . .

«¡Ya entrará, ya entrará!» —decíale el maestro pensando sin duda en las dificult-

tades porque él también atravesaba con motivo del pensado artículo que tenía entre ceja y ceja.

Efectivamente; Nicho, que era de buen componer, pasadas un par de horas de repasar con tenacidad un retazo del libro lo dió sin faltarle una coma.

Poco á poco se hizo de amistades, sin menoscabar su aprecio para Chencho; que no hay cosa más hacadera que estas relaciones amistosas en los bancos de la escuela, las cuales comienzan en la niñez y acaban, á veces, con la muerte.

Aunque en la escuela de Don Facundo Marmolillo no había demonios del pelo, fuste y empuje de los de la de Don Prudencio Berruguete, no faltaba un «Luis Catorce» que valía lo menos dos Gañotes juntos, y un «Pepe Palitos» que en perezoso y mandria dejaba atrás al dormilón del Sapo y al flojo de Timbilla; y de Chencho, no se diga, que daba punto y raya al más pintado de la camarilla del tío Renda y del tío Sur en eso de inven-

tar un enredo y sacar industria y alcanzar provecho con charlatanería desmedida y con amaños endemoniados de gramática parda.

Por él llamaron á Pepe con el apodo de Palitos.

Este Pepe tenía una memoria muy flaca que siempre lo ponía en apuros y le obligaba á decir que esto ó aquello lo tenía en la punta de la lengua, sin acertar con nada; por esta desdichada memoria no pudo dar nunca de cabo á cabo una lección de aquellas que requerían recitación sin fallar en un punto, y mucho le escocía que Chencho con dos repasos se aprendiera lo que á él no le entraba en el casco ni acabando de darle veinte; para Pepe el memorió de Chencho era cosa de brujería ó cábala, y no cualidad común y vulgar; y con esta firme creencia se acercó al ladino de Chencho y le pidió el secreto de su sabiduría.

Chencho, después de regodearse como el que posee el agibílibus para dar con la

pedra filosofal, le dijo con mucho sigilo: «No seas tonto, come palitos de pasa.»

Pepe abrió tamaña boca, y desde aquel día, á toda hora, se atracaba de pasas con perjuicio de su estómago que se traía tales y tan frecuentes retortijones que achacaba al efecto de la medicina recomendada por Chencho.

Al día siguiente del primer atracón de pasas con todo y escobajo, Pepe estuvo de lo más torpe que esperarse pueda, debido á que confiando tan á pie juntillas en el prodigio de las pasas, no dió ni un repaso á la lección que tocaba; en cambio, Chencho, como de costumbre, la dió de seguida sin saltos ni tropiezos; aquí subió de punto la admiración de Pepe, quien hubo de sufrir la detención de un par de horas por castigo á su incorregible pereza, que no era tal, sino testarudez de las más fuertes.

Pepe no se podía quedar con dudas acerca del reciente fracaso; una vez que estuvo libre, se fué á ver á Chencho y le

preguntó sin preámbulos: «Oye, tú, comí las pasa y no me dió resultáo, como vis-tes.»

—¿Cómo laj comistes?»

—¿Cómo había de ser? ¡Comiendo y la boca abriendo!

—¿Con tóo y pasita te atipujastes los palito?»

—Sí! Entre rabito y rabito me comía una!

—¡Pero qué bruto, pero qué bruto eres!

—respondió Chencho descosiéndose de risa.

—¿Por qué?—preguntó temeroso Pepe de haber hecho alguna barbaridad.

—Porque las pasita no se comen, sino lo palito; y pa que el efeito sea güeno, las pasa ha de comerla el que da el remedio.»

A otro día, Pepe compró un racimo copioso y grande de lechos de Málaga, tamañas como avellanas y muy azucaradas; dió á Chencho las rugosas uvas que desgranó del racimo, y con la fe que un deshauciado toma el postrer medicamen-

to, se propinó el raspajo reseco y astringente, el cual le puso la lengua morada y la boca seca como si hubiese bebido una buena dosis de tanino. Toda medicina es amarga—pensó—pero con tal de que logre la memoria de Chencho, soy capaz de ponerme á dieta y comer por solo alimento palitos de pasa.

Pasaron días, y Pepe siguió comiéndose el escabajo y Chencho las pasas de los renovados racimos, sin que la memoria apuntara una sola vez en el cerebro de Pepe; por este resultado, se dió á maldecir de la engañifa, y llamó embustero y gorrón á Chencho; contó el suceso á toda la escuela, y por el conocimiento de semejante candidez, vino que le pusieran per sécula el mote de «Palitos,» como aditamento de su nombre de pila.

Con «Luis Catorce» pasó de otra manera, que si bien no tuvo la miga y la sal que llevaba el percance de «Pepe Palitos,» no dejó de causar risa.

El tal Luis no obtuvo el apodo por ha-

ber dicho «El Estado soy yo,» como se asegura que dijo en crítica ocasión el fastuoso rey de Francia, no; que no estaban las entendederas de Luis para retener citas históricas de ese calibre; el motivo fué que nunca sabía la tabla de sumar, así la estudiara días enteros; en su cabeza no cabían los números; y por esta repugnancia de su memoria á los signos y combinaciones de la aritmética, siempre que le preguntaban la tabla salía con un despropósito.

De esta suerte, preguntaba el maestro:

—¿Cuatro y cuatro?

—¡Catorce!

—¿Tres y dos?

—¡Catorce!

—¿Ocho y cinco?

—¡Catorce!

El maestro, exasperado por la rudeza y terquedad de la respuesta, mandó á enhoramala al zoquete del discípulo, diciéndole con zumba:

«Estamos medrados con este «Luis Catorce» de ahora poco.»

No lo hubiera dicho: la clase al oírlo, entró toda en risas y algazara y se escuchó por todas partes «¡Luis Catorce!» . . . «¡Luis Catorce!» . . . Y «Luis Catorce» se llamó por toda la vida el corrido muchacho; para descargo de estas continuadas vayas, Luis se volvió de lo más endemoniado de la escuela; al maestro lo tenía alcanzado en cuenta y le iba enfermando el hígado á fuerza de mohinas que diariamente le encajaba por el más mínimo motivo; fuera de estos dos rapaces no había otros que merecieran especial mención por su ignorancia, estupidez y grosería, que todos los demás venían á ser de blanda levadura, pacífico carácter y agudo entendimiento; sin embargo, el hijo del Regidor, Panchito, no obstante que el maestro le dispensaba muchas y reiteradas consideraciones—con lo que levantaba más de un rescoldo entre sus discípulos—y le consentía y mimaba con

perjuicio del resto de los escolares, Panchito no prometía ser un Séneca; bien que el maestro se esforzaba en pretenderlo para halagar la vanidad del Regidor; con todo ello, el ensoberbecido muchacho se veía odiado y mal quisto de todos sus compañeros, y él, con arrogancia y altanería, aparentaba despreciar á la chusma que le hostigaba con burletas y chacotas, lejos de la vigilancia del maestro, que no se quedaba corto para castigar cualquier desmán que amenguara los fueros de soberanía de que disfrutaba el hijo del Regidor, no tan sólo por el hecho de que su padre ejerciera de autoridad, mangoneando en los delicados asuntos de instrucción, sino porque, además, se le tenía como persona rica y de influencia con los altos personajes de la política entonces reinante; con esta vitanda conducta, Don Facundo creía alcanzar, tarde ó temprano, una de esas canonjías que andan por los aires, y mucho si dan en las narices de los maestros de escuela del pelaje,

caletre y prendas del pedante Marmolillo; acaso por esta ambición intentaba escribir en los periódicos para hacerse de nombre en las filas de los liberales, aunque su genio no despuntaba por el manejo de la pluma; pero su ignorancia misma le empujaba á la tarea; y, como no lo dejaba de la mano, al término de largas y encontradas cavilaciones perfiló el intróito del esperado artículo, que comenzaba en esta forma:

«Los principios políticos. . . .»

Y allí se quedó, porque á tiempo que había sorprendido la manera de acometer la empresa, vino «Pepe Palitos,» todo lloroso, á querrellarse al maestro de que le había dado un bofetón el altivo hijo del Regidor.

Montóse el articulista en cólera, más por habérsele cortado el hilo de su discurso que por el chisme de «Palitos;» arrojó con rabia la entintada pluma; rasgó frenético el papel y con arrebatada ira se fué echando chiribitas y rechinando los

dientes sobre el quejoso para darle tan fuerte tirón de orejas, que de no tenerlas duras el asustado «Palitos,» allí quedarían en manos de Don Facundo para ejemplo de barbarie escolar y enmienda de chismosos impertinentes. . . .

«¡A su lugar. . . . soplón, badulaque, hipócrita. . . .!»

Y las mal sonantes palabras se le atrollaban en la boca al iracundo dómine.

«¡De cuando acá háse visto que un niño interrumpa la labor de su maestro! . . . ¡Falta á ustedes la educación y les sobra el atrevimiento! . . .»

Por aquel día, nefasto para el maestro, no salió de:

«Los principios políticos.»

Al siguiente volvió Don Facundo á tomar la cosa con más ardoroso empeño; arregló las cuartillas; tomó una pluma nueva, humedecióle los puntos con la boca para quitarle la grasa que la preservaba del herrumbre; en seguida probó el temple de ellos en la uña del pulgar; ta-

ragoteó en un pedazo de papel para ensayar rasgos y finales, y después, con su más gallarda letra inglesa—y cata que tenía una vistosa caligrafía—estampó resuelto:

«Los principios políticos.»

Aquí ha de ir punto y coma—pensó—y puso tal puntuación; quedóse un tanto suspenso con la mano izquierda sobre de la mejilla, la pluma agarrotada entre el índice y el cordial y la vista fija en el techo; meditó un buen espacio y prosiguió: «. . . la efervescencia de partidos.»

Pusóse la pluma entre la oreja, repantigóse en la poltrona y leyó de corrida:

«Los principios políticos; la efervescencia de partidos. . . .»

Me parece no va mal—decía entusiasmado Marmolillo.

Se sucedió otro intervalo, y con la violencia de quien se le escapan los conceptos y con descuido de la caligrafía, terminó el período: . . . «dan al traste . . .»

«¿Estará bien «al traste?»—se preguntaba dudoso.

¡Creo que sí!—afirmaba.

No conforme con su particular opinión, metióse el portaplumas entre los labios, alargó la mano, tomó un viejo Diccionario de la Lengua Castellana, bisunto y arratonado, que á buen recaudo tenía, y consultó:

«Sí; perfectamente bien, aquí lo dice:

«TRASTE.—(Dar uno al) con una cosa —fr. Destruirla, abandonarla, perderla, malbaratarla.»

Estaba en estas peñiguerras cuando entró hecho un huracán un individuo de no muy buena traza; hosca la mirada, hirsuta la cabeza y fiero y amenazante el ademán; y así como se encaró con Don Facundo, que por la sorpresa cerró de golpe el Diccionario, le dijo:

«Por qué se toma osté la facultá de pegarle á mi hijo. . . . ¿Qué por que é pobre va á ser pileta de agua bendita ónde tóos metan la mano? . . .»

—¿Sabe usted lo que hizo el hijito de usted?

—¡No lo sé, pero me lo afiguro!

—Bueno: pues en primer lugar, el hijo de usted es un insolente. . . .

—Pué osté é un aventáo*! . . . ansina como suena. . . . no me mire josco. . . . un langüiche* del hijo del Regidor . . . un. . . .

—¡Mídase, mídase de palabras y atienda á razones. . . .

—¡Qué razone ni qué demoño! . . . Lo que yo quiero saber ahorita mesmo é por qué le arrancó osté la oreja á mi Pepillo, vamo!

—Pues sepa usted que yo no tengo que dar cuenta á nadie de. . . .

—¿Conque á naiden? . . . ¡Eso lo veremos! . . . ¡Me paece que ejtá prohibió pegar y. . . .

—¡Si está ó no está prohibido, allá con el Regidor? . . .

—¿Esa tenemo? . . . ¿Yo dir á ver al Regidor? . . . ¡Mire osté que caso! . . .

¡No faltaba má! Oste é quien debe decirme por qué se tomó la facultá de pegarle á mi hijo, vamo!

—No es culpa mía, si no atiende, ni me respeta. . . . ni. . . .

—¿Qué no lo respeta? . . . ¡No lo creo ansina me lo jure por esta crú! . . . Yo le é enseñáo, unque probe, á que se quite el sombrero cuando da la oración. . . que obedezca á su máistro y que respete á tóas las persona mayores. . . .

¡Usted le habrá enseñado el «*sursum corda*» —replicó el maestro que ya se atufaba más de la cuenta con el largo reclamo del padre de «Palitos,» quien hecho un pasmorote, se le había plantado frente de la mesa con marcadas intenciones de estarse allí horas y horas interrumpiéndole é importunándole con sus groserías y testarudeces.

—No sé que é eso que osté me mienta en otra endiablada idioma. . . . pero. . . .

—Digo á usted claro, clarito, que usted habrá enseñado á su hijo muchas co-

sas; pero aquí no las practica, y es un demonio, un...

—No se emberrinche, señó máistro,— dijo el hombrazo con más calma— ya Pepillo no dará á osté ninguna guerra.

—¡Vaya, se pone usted al lado de la razón y de la justicia. y da al traste con su enojo!— ¡Ya me lo esperabal— decía convencido Don Facundo metiendo el «dar al traste» que le daba vueltas en la cabeza.

—Yo me pondré onde se me dé mi rial gana, ejtamos! Al láo de la Santísima Trinidad, si osté quiere; pero á mi hijo no le golverá á tocar un pelo. ¿me oye?

—Eso depende de su conducta futura.

—¡No, señó, no se apurè su mercè; mañana mesmo pasa á la ejcuela de Don Prudencio. ái si quiera me lo harán crijtiano como Diój manda y no un her eje como osté quiere!

El padre de «Palitos» vió de reojo á Don

Facundo; se encasquetó el sombrero antes de trasponer el umbral y se marchó sin despedida; los escolares se quedaron turulatos ante la escena borrascosa; el maestro se dió á Barrabás con todo ello; pues con perder un alumno más perdía también la oportunidad que se le presentó propicia para terminar su trabajosamente esbozado artículo.

Por lo visto, se conjuraban todas las circunstancias en contra de las tendencias periodísticas de Don Facundo Marmolillo; y para producirse con verdad, huelga asentar que nunca se supo si con todo reposo concluyó el artículo doctrinario el obstinado dómine, ó si se resignó á despuntar la incipiente y rebelde pluma.

«Lavo inter inocentes manos meas.»